

vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hacia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debía terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad, fuimos alcanzados por un hombre que tenía toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

— ¿Me permite usted, tío? dijo el joven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

— Haz lo que gustes, contestó el capitán.

Algunos momentos después nos alcanzó el joven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducía sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecían más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitán Castaños, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

CAPÍTULO SEGUNDO

Guadalajara

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fría* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo siempre puro, rodeada de numerosos jardines, sufre algunas veces la influencia de los vientos helados que soplan de las montañas vecinas. El cerro del Col, especie de volcán apagado, el pico de Tequila, y detrás de estas tristes montañas, una cadena de colinas que rodean el río Tololotlán, tal es el sombrío anfiteatro que presenta por la parte del Norte la ciudad de Guadalajara. Pinos y encinas verdes cubren aquellas alturas. En las ori-

llas del Tololotlán se anuncian otras regiones, y circula un aire templado: es que ya se revela la tierra caliente. Á las encinas y los pinos suceden los limoneros y plátanos. Á las áridas arenas siguen campos sembrados con cañas de azúcar, regados por numerosos riachuelos. El aspecto interior de Guadalajara es de los más risueños. Cada casa tiene su *huerta*, y en todos estos jardines se ostenta una lozana vegetación. Guadalajara no es sólo una ciudad pintoresca, es también una ciudad manufacturera; es la segunda ciudad de la República, como Lyon es la segunda ciudad de Francia, y presenta con nuestra metrópoli industrial esta otra analogía, que de todos los centros de población de México es el en que las pasiones políticas se agitan con más fervor.

— Según lo que me ha referido usted de sus negocios, me dijo D. Ruperto, en el momento que llegábamos á la vista de la ciudad, debe usted permanecer aquí una semana por lo menos, aguardando la llegada de sus arrieros. Yo también debo pasar aquí algunos días; por lo mismo, y estando de acuerdo, voy á conducirlo á un *mesón* cuyo *huésped* es mi amigo, y con mi recomendación será usted atendido perfectamente. No tiene usted más que quererlo, para que se añada

un banco de madera al ajuar de su cuarto, lo que es un lujo inusitado en este país. Además, dentro de dos días se celebra la fiesta de la Virgen de Zapopam, é iré á buscarlo á usted á la posada para que la veamos juntos. Entretanto voy á alojarme en casa de un amigo, y siento no poder ofrecerle á usted mejor hospitalidad que la de una *posada pública*.

Mientras que el capitán me daba estas indicaciones, habíamos llegado á la garita ó *barrera*. Acercóse un oficial á recibirnos, haciéndonos seña de que no pasásemos adelante.

— Perdónenme ustedes, señores, nos dijo; pero las instrucciones que tengo me obligan á someter á ustedes á un interrogatorio. Deseo saber de dónde vienen ustedes, y adónde van á descender en esta ciudad.

— Hemos dejado, mi sobrino y yo, esta mañana el llano de Calderón, dijo el capitán señalando á su joven compañero. Nos desayunamos en uno de los *jacales* del llano, en compañía de este señor extranjero.

El capitán recordaba muy bien en aquel momento la promesa que le había yo hecho de no contradecirle en lo que manifestase. Juzgué sin embargo inútil, y tal vez imprudente, desmentirlo; así es que guardé silencio. En mi calidad de extranjero, inspiré al oficial

mexicano una confianza que lo decidí á no reiterar la pregunta. Se contentó con añadir:

— ¿Y á qué casa van ustedes á posar?

El veterano murmuró entre dientes un nombre que no escuché; pero el oficial pareció satisfecho con la respuesta, porque después de saludarnos políticamente nos hizo señal de que podíamos pasar. Durante este corto interrogatorio, el sobrino de D. Ruperto se había mantenido impasible. Estando ya en libertad para continuar nuestro camino, picamos con las espuelas, y nuestros caballos nos condujeron al centro de la ciudad. Había llegado el momento de separarnos, y Castaños me indicó el camino que debía yo seguir para llegar á la *posada*.

— Hasta mañana, me dijo; nunca olvidaremos, mi sobrino y yo, el servicio que nos ha hecho usted.

Estos agradecimientos me sorprendieron; pero sin preocuparme mucho del sentido que debía darse á las palabras de D. Ruperto, me dirigí inmediatamente al *mesón* que se me había indicado. Después de una comida bastante frugal, pero muy delicada sin embargo, en comparación de la cena de la víspera, pregunté cuál era el camino que conducía á la *alameda*, y tomé lentamente la dirección de aquel paseo.

La Alameda de Guadalajara se parecía mucho á la de México, si hubiera paseantes. Casi solo á la sombra de los magníficos fresnos, que forman sus calles, vagaron mis miradas por las cimas lejanas y escarpadas de las *córdilleras* que dominan la ciudad, y que debía atravesar al dirigirme á Tepic y á San Blas. Confieso que me fastidiaba extraordinariamente, cuando llegó á mis oídos el ruido de voces confusas, que partían de un bosquecillo de jazmines. Separando un poco las ramas que se entrelazaban enfrente de mí, reconocí sentados en un banco, á tres hombres, vestidos como los soldados que había encontrado la víspera, con el uniforme encarnado de los dragones mexicanos.

— Escucha, dice uno de ellos, ya sabes que soy tu amigo.

— ¡Vaya! interrumpió otro dragón, cuya voz me pareció reconocer, yo no creo en la amistad; Albino me ha vuelto incrédulo para siempre. Ese pícaro sabe muy bien que si se dejase coger por mí, contribuiría á mi ascenso; pues bien, se obstina en evitar mi presencia, siempre que puede. Tarde ó temprano, será ahorcado; ¿no valdría más que fuese un amigo el que le hiciese tal servicio, y no uno de sus enemigos?... Moriría al menos con la incertidumbre de que por él

llegaba yo al grado de *alférez*... ¡Ah! continuó el *cabo* (porque el hombre que hablaba era el propio *cabo* que había yo encontrado en el puente de Calderón), ¡amigos como ese no valen *tlaco*!

— ¿Y adónde fuiste á buscar á Albino?... preguntó uno de los compañeros del *cabo*.

— Á la *Barranca del Salto*, en primer lugar, después á Zapotlanejo; pero acababa de dejar este último punto cuando yo llegué.

— Ya lo creo: me han dicho que lo vieron entrar á Guadalajara esta mañana.

— ¿De veras?... exclamó el *cabo* de dragones; entonces voy corriendo á echarle en cara su mala conducta, porque sé en dónde puedo encontrarlo.

Diciendo estas palabras, el soldado se levantó con la celeridad de un jugador que espera acertar algunos albures si llega á tiempo. Á pocos instantes se hallaba al extremo de la calle, y lo perdieron de vista sus camaradas.

— Nuestro *cabo* es un buen *galgo*, dijo después de algunos momentos de silencio uno de los dragones, tan repentinamente abandonados por el *cabo*. ¡Y pensar que no sería necesario más que presentar la cabeza de ese bribón de Albino, para tener su charretera de oficial!...

En aquel instante creí distinguir, á la extremidad de la calle, á mi compañero de viaje, á D. Ruperto, y renuncié al gusto de escuchar aquella conversación, á pesar de los curiosos detalles que ofrecía sobre las costumbres militares de México. Era, en efecto, D. Ruperto el que llegaba á mi encuentro. Había ido al mesón, y el huésped le aseguró que debía yo hallarme en la Alameda.

— Buscaba á usted, me dijo el veterano, porque mi sobrino se ve obligado, por un negocio urgente, á salir de Guadalajara esta misma noche; habría sentido mucho marchar sin haber tenido el gusto de ofrecer á usted una cena en agradecimiento del servicio que le ha hecho usted, y como indemnización de la polla cruda que me ví en la forzosa necesidad de dejársela á usted comer solo en Calderón.

— ¿Accidentalmente les he hecho á ustedes un servicio?

— Á mi sobrino más grande que á mí.

— ¿Y no puede usted decirme qué clase de servicio?

— Mi sobrino le dará á usted sobre el particular más pormenores esta noche. Porque, al fin, es secreto suyo y no mío. Así, pues, es dueño de descubrirlo ó reservarlo.

Todas estas palabras, me las dijo en un tono que aumentaba singularmente mi curiosidad. ¿Quién era aquel joven que, sin conocerme, me hacía cómplice de una mentira, cuyo objeto en vano trataba de comprender? ¿Quién era aquel veterano de las guerras de independencia, que me demostraba con aquella compli- cidad un reconocimiento tan grande? Comenzaba á arrepentirme de haber aceptado por compañeros de camino á aquellos personajes tan sospechosos; pero ya no era tiempo de obrar de otro modo, y Ruperto Castaños me trataba como á un antiguo amigo. Habíame tomado familiarmente del brazo, y entre la duda y la curiosidad me dejé conducir fuera de la Alameda, siguiendo el camino de la casa en donde debíamos cenar. Atravesé en compañía del antiguo *guerrillero* una gran parte de la ciudad. Las sombras de la noche sucedían al crepúsculo, y cuando llegamos á la plaza de Armas, la luna brillaba en un cielo admirablemente puro y transparente. La inmensa plaza, de la manera que se hallaba alumbrada, parecía un lago de plata en el cual dibujaban sombras fantásticas los grandes fresnos. Algunas tímidas parejas cuchicheaban á la sombra de los árboles, y el ruido de las pláticas amorosas, subía al cielo, mezclado con el de un chorro de agua,

que en forma de columna luminosa brotaba de la fuente del centro de la plaza. Los perfumes de los jardines embalsamaban el aire. Habría pasado voluntariamente aquella noche serena paseándome por la ciudad, contento de observar á mi gusto aquella vida nocturna de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, tan llena de encanto en sus romanescos misterios; pero mi compañero se había empeñado en no faltar á la hora de la cena, y en lugar de detenernos debajo de los hermosos fresnos de la plaza de Armas, apresuramos el paso. Poco después llegamos delante de una casa baja, como las de la mayor parte de la ciudad, que ofrecía un aspecto risueño. Desde el vestíbulo de la puerta cochera, que se abrió á la voz del capitán, penetramos á un patio cuadrado, rodeado de corredores. Una hilera de granados sombreaba cada uno de ellos, y las pilastras desaparecían casi bajo una tupida y verde cortina que formaban las plantas enredaderas. Desde allí, no habría tenido necesidad de que me guiase D. Ruperto para dirigirme á la sala del festín; un ruido de voces y los acordes de una guitarra me indicaban claramente el camino.

La sala en que entramos no estaba precisamente iluminada *a giorno*, sin embargo no se notaba la esca-

sez de luz que en la mayor parte de las casas mexicanas. Reconocí entre los asistentes á los personajes de rostro patibular que habían hablado aquella misma mañana, en el camino de Guadalajara, con el sobrino del capitán Castaños. Tres mujeres, más adornadas y provocantes que hermosas, de las que por cortesía se nombran de *virtud sospechosa*, se encontraban mezcladas con los convidados. Excepto las figuras repugnantes de los amigos del joven sobrino del capitán, la variedad y el lujo casi oriental de los trajes, ofrecían una de las vistas más pintorescas. Sombreros de fieltro adornados con galón de oro, y grandes espadas, con puños brillantes, colgados en las paredes, completaban la decoración de la sala. El sobrino del capitán, que tenía una guitarra, la entregó á una de las mujeres y se adelantó á nuestro encuentro.

— Sea usted bien venido, me dijo, y reciba mis agradecimientos por haber tenido la bondad de aceptar mi invitación. Si hubiese tenido tiempo, habría tenido el placer de ir á convidar á usted personalmente.

Apenas contesté á este cumplimiento, que se me dirigió con mucha política, cuando llegaron á decirnos que la mesa estaba servida. La nación mexicana es tan sobria, que puede decirse que la gastronomía se

halla allí en la infancia. Quedé, pues, muy sorprendido del aspecto que ofrecía la mesa, en la que se ostentaba una numerosa y rica bajilla de plata. Dos floreros, llenos de flores artificiales, excitaron la admiración de la concurrencia.

— Para hacer bien las cosas, no hay otro como D. Faustino, dijo una de las mujeres que se llamaba la *Tapatía*, lanzando al joven sobrino de D. Ruperto una mirada con sus hermosos ojos negros, más brillantes que los adornos de acero del abanico con que se refrescaba.

— Es un recuerdo del último baile del gobernador, á que asistí, contestó D. Faustino. He tratado de imitar, en cuanto me ha sido posible, la última cena que nos dió su excelencia.

Los manjares, en efecto, eran delicados, y con gran sorpresa mía atestiguaban que la cocina mexicana seguía las tradiciones de la escuela francesa.

— ¿Qué le parece á usted la cena? me preguntó D. Ruperto, á cuyo lado me habían colocado; esto vale más que la polla que tuve la descortesía de dejar se comiese usted solo en Calderón.

— Con semejantes salsas, respondí al capitán, sería uno capaz de comerse una polla de cien años.

El cocinero, con vestido negro y corbata blanca, que iba y venía por la sala, se sonrió al oír mis elogios. Comprendió, sin duda, que yo era el único extranjero entre los convidados.

— Es usted demasiado bondadoso, me dijo en francés al oído. ¿Sabe usted, por ventura, en qué clase de reunión se encuentra?

— No, contesté; pero me importa muy poco.

El cocinero se alejó y fué á otra parte á cumplir con sus obligaciones. En el acto reconocí en él á un compatriota, y el buen orden de la cena, confiada á su inteligencia, habría bastado para revelarme su origen parisiense. En cuanto al sentido misterioso de la pregunta que me había dirigido, no me preocupaba absolutamente; me contenté con admirar el contraste que ofrecían alrededor de una mesa, servida á la francesa, aquellos rudos individuos, vestidos con ricos trajes, y que comían con los dedos de la mano derecha, teniendo en la izquierda el inútil tenedor.

Todos los usos mexicanos se habían trastornado aquella noche; se bebieron con abundancia vinos exquisitos, y cada individuo lo hizo en su vaso: doble trastorno de las costumbres del país, que consisten en no beber más que agua después de la comida, y en

un vaso común; en los postres se sirvió vino de Champaña. Concluía la cena, cuando á una seña del joven sobrino del capitán, llevaron una canasta de juncos de Guayaquil, con coronas formadas de claveles y jazmines.

— ¿También son imitación del baile del gobernador estas coronas? preguntó una mujer á D. Faustino.

— Sí, *linda mía*, contestó el joven; pero ha habido mejora en la imitación. Su Excelencia, al fin de la cena, mandó traer enormes canastos llenos de flores, para que las jóvenes, antes de comenzar el baile, pudieran adornarse con ramilletes frescos. Yo creí que ustedes me agradecerían el que les presentase estas guirnaldas rojas y blancas, para que lucieran en sus negros cabellos: en lugar de un ramillete, ofrezco una corona á estas preciosas niñas, que no desairarán mi vihuela.

Pronunciando estas palabras, D. Faustino comenzó á templar el instrumento que iba á servir de orquesta: las tres jóvenes aceptaron con mucho gusto las coronas, cuyas brillantes flores armonizaban maravillosamente con sus negras cabelleras; apretaron á sus esbeltos talles unos cinturones de crespón de China, bordados de oro; las cortas enaguas de seda ondularon

en los cuerpos de las bailarinas, quienes con la cabeza erguida, el cuerpo ondulado y las castañetas en sus manos, esperaban las primeras notas del músico. Lenta al principio como la música, la danza no tardó en animarse, y poco después las blancas flores de las coronas cayeron una por una, como las perlas de un aromático rocío. El ruido precipitado de las castañetas, los penetrantes perfumes de las flores deshojadas y las voluptuosas miradas, no tardaron en elevar hasta el delirio el entusiasmo de los espectadores, ya exaltados con los vinos de Francia, y la fiesta parecía que iba á degenerar en una orgía, cuando un criado entró, anunciando que un dragón á quien esperaban, según decía, deseaba entrar.

— ¡Caramba! ya lo creo que lo esperamos, exclamó D. Faustino arrojando el instrumento; es el intermedio del espectáculo. Que entre, Joaquín.

El criado obedeció, y pocos momentos después, el *cabo* que había yo visto en el llano de Calderón y bajo los árboles de la Alameda, penetró en la sala mirando con asombro á su derredor.

— Dispénsenme ustedes, dijo, creo que me he engañado.

— ¿ Á quién busca usted?... preguntó con aspereza

uno de los convidados, que tenía una larga barba negra, una tez morena, ojos hundidos y cavernosos, y que parecía estar al corriente de la comedia preparada por D. Faustino.

— Mi compadre San Vicente me mandó decir que me esperaba aquí para un negocio urgente.

— ¡ Váyase usted al diablo con su compadre! exclamó el hombre de la barba negra.

— Lo cierto del caso, es que la persona que busco no está aquí, añadió el *cabo*, dispuesto á retirarse.

— ¿ Quién sabe? exclamó D. Faustino, que en aquel momento volvió las espaldas al soldado.

— ¡ Qué! dijo éste, como si reconociese la voz del que le hablaba: ¿ qué oigo?

— No la voz del compadre, sino la del amigo, en cuya casa lo busca usted, contestó D. Faustino, volviendo repentinamente el rostro hacia el *cabo* de dragones.

Éste, parece que vió repentinamente la cabeza de Medusa, según la sorpresa y el espanto que expresaron sus ojos dilatados y su boca entreabierta.

— ¡ Virgen Santa! ¡ no es posible!.. exclamó buscando la puerta con los ojos. Voy al instante á buscar á mi compadre.

El *cabo*, en efecto, sentía los mayores deseos de marcharse; pero ya dos hombres guardaban la única salida, por la cual podía escaparse. Al ver la puerta defendida de aquella manera, el *cabo* se puso pálido.

— ¡Vaya! pobre José María, dijo D. Faustino con acento burlón: no estaba yo esta mañana ni en la *Barranca del Salto*, ni en el pueblo de Zapotlanejo, donde me buscaste con tanta eficacia, así es que tu charretera de alferez no llegará tan pronto como deseabas.

¿Aquel joven de figura simpática, de modales finos y corteses, era el jefe de los ladrones que el *cabo* quería descuartizar?... D. Ruperto me había dicho, sin embargo, que Albino, el hijo de su antiguo camarada, tenía una fisonomía repugnante y feroz, que era feo y mal formado. Así, pues, me había ocultado la verdad. Lo que me parecía muy claro, sin embargo, era que uno de los compañeros de Albino había atraído al dragón á una red, prometiéndole entregarle á su jefe, á quien el *cabo* no esperaba encontrar tan bien defendido.

— Mi querido amigo, dijo el dragón con la mayor sangre fría: ¡cuánto me alegro de volver á verte, y espero que no creerás la infamia que me atribuyen! Yo estaba inquieto.... temía que te hubiese sucedido

alguna desgracia... ¡Habría sido un pesar para mí!... añadió con acento conmovido.

— Ya lo creo, dijo D. Faustino; soy para tí una alhaja de tanto valor... Pero tengo que comunicarte una noticia muy triste, José María.

— ¿Supongo que no querrás asesinarme? preguntó el *cabo*, que se puso extremadamente pálido.

— ¿Para qué?

— ¡*Canelo!* me contemplo el hombre más feliz, y puesto que gozas de buena salud, me alegro mucho. Adiós.

— Espera; te he dicho que tenía que anunciarte una mala noticia.

— Habla, exclamó el *cabo*, ya te escucho.

— Pues bien, he hecho la paz esta mañana con el gobernador. Le he dado una excelente prueba de que no tuve participio en el ataque de que fué víctima. Le he justificado que el día en que lo atacaron en las orillas de Guadalajara, me hallaba yo despojando á dos ingleses, que se dirigían con un rico cargamento á la hacienda de Frías, á veintisiete leguas de aquí. El gobernador se persuadió que me habían calumniado, y hemos quedado los mejores amigos.

— Ya lo creo, dijo el *cabo* sonriéndose.

— Entonces, mi querido José María, añadió el bandido, ya conocerás que es necesario que renuncies á la charretera de sub-teniente.

— No me importa; no contaba con ella, exclamó el soldado con indignación.

— Lo mejor que podías hacer en estas tristes circunstancias, prosiguió Albino, sería unirte con nosotros.

— No digo que no, contestó el *cabo*. Si se presenta algún negocio, tomaré parte en él, ya hablaremos de esto; pero supuesto que has reconocido mi inocencia, como se ha hecho justicia á la tuya, ¿no podrías mandar que me diesen algo que beber?

Albino invitó á su amigo con la mayor magnanimidad á que se sentase entre nosotros. Le bastaba la venganza que había tomado del *cabo*.

Estando muy avanzada la noche, deseaba, como debe figurarse el lector, despedirme del pretendido sobrino de D. Ruperto.

— Ya usted ve, me dijo, que si no me hubiera servido de fiador á mi entrada en esta ciudad, el oficial que nos interrogaba no habría dejado de reconocerme. Me hubiera conducido á la casa del gobernador en lugar de ir por mi voluntad, lo cual es muy diferente,

porque ciertos rasgos audaces intimidan siempre, y yo habría tenido mil molestias que su silencio me ha evitado; porque, en efecto, nadie podía creer que un extranjero fuese amigo de un jefe de *salteadores*.

Comprendí perfectamente la clase de servicio que había hecho al bandido; pero no por eso dejaba de conservar algún rencor contra el capitán Castaños, y mientras me dirigía en su compañía á mi domicilio, creí que no debía ocultarle mi descontento. El capitán se disculpó lo mejor que le fué posible, alegando que él mismo se había expuesto por impedir que el hijo de su antiguo compañero de armas fuese víctima de la ambición del *cabo*. Si me había abandonado la noche anterior tan repentinamente, fué para advertir al bandido, añadiendo que en efecto había llegado antes que los dragones á la *Barranca del Salto*. Albino, prevenido por Castaños, había creído prudente buscar en la misma ciudad de Guadalajara una seguridad que no tenía en el campo. Mi silencio había facilitado el logro de aquel plan atrevido.

El padre de ese salteador me ha salvado la vida más de una vez, añadió el capitán. El nombre del guerrillero Conde es aún célebre entre nosotros los veteranos. Yo prometí velar sobre su hijo, y voy á decirle á

usted con qué motivo. Al día siguiente de la batalla de Calderón, tuvimos que sostener un sitio, yo y mis soldados, en la *hacienda* de la *Barranca*, contra un destacamento de aquellos terribles *tamarindos*, que parecían otras tantas bestias feroces á las órdenes de Calleja. (1) Careciendo de víveres, reducidos á las más duras extremidades, montamos á caballo para abrirnos un camino en medio de los sitiadores. Yo tenía al hijo de Albino entre mis brazos; él llevaba á su mujer á la grupa de su caballo. Parece que veo al antiguo contrabandista haciendo un remolino en medio de los *tamarindos*, con su larga espada cubierta de sangre. Repentinamente cayó su caballo, tanto por el doble peso, cuanto por una herida recibida en las manos. Solo Albino se levantó; la madre no tuvo tiempo más que para lanzarme una mirada suplicante, como rogándome que velase sobre su hijo, y un minuto después había cesado de existir. El contrabandista se colocó de un brinco en la grupa de mi caballo, y logramos abrirnos paso en medio de dos filas de enemigos. Repentinamente oímos resonar á nuestra retaguardia el galope de un caballo: era uno de los feroces *tamarindos* que, sirviéndose de la cabalgadura de uno de nuestros camaradas, nos perseguía tenazmente. Dí media vuelta haciéndole frente; al mismo tiempo Albino arrojó un rugido de rabia. De la cabeza de la montura pendía una cabeza ensangrentada, bella aún, á pesar de la muerte: era la de la mujer del contrabandista. Albino se dejó caer al suelo. Cerca del puesto en que nos encontrábamos, había un *mezquite*; á una de sus ramas ató por el vestido al niño que llevaba, al joven que acaba usted de ver, y atacó al *tamarindo*. Algunos momentos después, galopábamos, Albino y yo, lado á lado; yo conduciendo al niño entre mis brazos, él llevando dos cabezas en la mano: la de la víctima y la del asesino. ¿Y cree usted, añadió el capitán con visible emoción, que se olvidan nunca semejantes cosas?... Por salvar la vida de ese joven, á quien he protegido desde la cuna, sería capaz de arriesgar mi salud eterna. ¿Habría yo, pues, retrocedido ante el temor de hacer desempeñar á usted un papel que de ninguna manera podía comprometerlo?... Por otra parte, éste no es más que un incidente de mi larga vida de aventuras, y debo hacerle á usted una sincera confesión. Ya le he hablado á usted de la fiesta de

(1) Era un cuerpo de infantería al que nombraban así por el color de su uniforme, y que el general español había compuesto de los hombres más robustos de la provincia de San Luis Potosí. — N. del A.

Zapopam, que es mañana, y le he prometido á usted ser su guía. Puesto que le agradan á usted los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.



CAPÍTULO TERCERO



Albino el contrabandista



Sin duda, el capitán tenía mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, día de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *mesón*, donde yo estaba posado. Mi caballo estaba dispuesto, bajé, y ambos tomamos el camino del pueblo de Zapopam, situado á dos leguas de Guadalajara. Las calles que atravesamos estaban muy compuestas: las cortinas de seda, lana ó algodón que servían de sobrecamas á los habitantes, se hallaban colgadas á guisa de adornos en todos los balcones. Unos arcos formados de *tules* frescos, mezclados con